

## **LA EXÉGESIS: PROCESO INTELECTUAL Y GÉNESIS CULTURAL**

Es un placer presentar ante los estudiosos de la Historia Antigua un tema estrictamente histórico, pero no habitual. El mundo de la hermenéutica, central en el problema de la comprensión histórica, con frecuencia se elude y se sacrifica a la pretensión de una «objetividad» siempre problemática sobre todo si no se atiende a la fundamentación gnoseológica de nuestra documentación, por lo que un esfuerzo como el que presentamos es motivo de ilusión y gozo.

Además, estamos ante un problema histórico de enorme calado. En efecto es bien sabido que los escritores, incluidos los historiadores, suelen proyectar el mundo de sus ideas al hacer la selección de sus temas de estudio y que la dialéctica del pensamiento parte siempre de los intereses y ambiente del grupo se encuentra inserto el escritor. Así ha sido siempre y lo será inevitablemente. Cuando Heródoto escribe los libros de sus Historias cuenta todo lo que cuenta para cantar la gloria de los griegos y cuando Tucídides pretende escribir con objetividad una guerra de gran trascendencia para la evolución de todo el universo helénico, lo que escribe es ese universo griego tal como él lo concibe, homogeneizándolo, sin atender a sus enormes diferencias, sin mostrar sus contradicciones reales, sino únicamente las que a él, un ateniense patriota, se le aparecen. Tal es la condición ser humano: la exégesis de la vida la hacemos siempre condicionados por el entretejido espiritual en el que estamos ubicados.

Las fuentes históricas son la plasmación de una tradición que está enmarcada en el mundo de la cultura y del espíritu y de las cosmovisiones. Leerlas ha sido siempre una aventura. La frase de Heráclito según la cual «no nos bañamos dos veces en el mismo río» es exacta también en el sentido de que no leemos dos veces el mismo texto. Es posible que el texto sea el mismo, pero nuestra cabeza no es la misma y cada momento ve cosas diferentes en la misma sucesión de palabras. Esa es la razón de la perenne actualidad de los clásicos. Precisamente porque han formulado los temas en riqueza de vida y de verbo, pueden ser leídos y decir a cada persona y mucho más a cada generación lo que a priori no podríamos imaginar.

¿Cuál es el proceso que siguen los «lectores» que leen contenidos distintos en las mismas frases? Es el proceso deductivo. Partiendo de las ideas o imágenes que reflejan los textos y

empleando como segunda premisa las sensaciones de su mundo propio se sacan conclusiones que vistas de cerca parecen incuestionables, pero que al paso del tiempo se ven como discutibles e incluso como no adecuadas y hasta falsas.

La exégesis histórica, mientras la historia fue una rama de la retórica era evidentemente así, pero incluso tras del aterrizaje en el dominio de la crítica sigue habiendo mucho de lo mismo. Baste leer a los críticos del historicismo, según los cuales toda esa corriente historiográfica habría sido la responsable de todos los males del siglo XX. Si ello ha sido así, evidentemente que no ha sido por ser críticos sino por la exégesis que han hecho bajo apariencia de rigor crítico.

Y nada digamos de las pretensiones críticas de los críticos, todas las cuales parten de un concepto de crítica científica que supone lo que tiene que demostrar. La crítica ha sido siempre no una exégesis sino una eiségesis, operación por la que hacemos decir a los textos lo que nos interesa que digan, seamos o no conscientes de ello. Algo de esto han olfateado los pensadores del siglo XX en su segunda mitad, con Gadamer a la cabeza y los seguidores de la filosofía analítica en su compañía y los posteriores con mayor ahinco si cabe. Parece imposible desnudarse del propio yo para leer lo que cuenta la tradición de las fuentes históricas.

Tal entramado de ideas se entiende mejor si nos asomamos críticamente a la labor exegética de un autor determinado. En nuestro caso de Gregorio de Elvira. La lectura de sus obras, como ocurre con la mayoría de la literatura patrística puede parecer desesperante a primera vista. Una especie de Bolero de Rabel con repetición incansable de las mismas ideas en un lenguaje abstracto en el que parece que hubiera desaparecido una realidad social tangible. Frases generales que enuncian principios de comportamiento cuya fundamentación no queda muy clara cuando no aparece como plenamente infantil. Decididamente tras una lectura elemental y superficial de un autor como Gregorio Bético parecería que hay que dar la razón a los que han prescindido de esta abundantísima literatura para la noble tarea de escribir la historia.

Pero muy de otro modo comienzan a verse las cosas cuando se somete a análisis el testimonio: a un análisis lingüístico, filosófico y antropológico; cuando no leemos sus obras como meros receptores pasivos, sino como implicados en la contemplación de su tarea de líder espiritual de su época. Cuando le acompañamos en su tarea de crear ideología y de abrir caminos para la ilustración de los hombres del siglo IV. Con nuestra manera de pensar nos sentimos incómodos con la lógica del granadino y la sometemos a juicio. Y comenzamos a descubrir sus fundamentos, su forma de argumentar y el fruto de sus deducciones. Es entonces cuando nos percatamos de que estamos asistiendo al alumbramiento de un mundo y la lectura adquiere luces genesíacas. La experiencia deja de ser anodina para llenarse de vida, de tensión y de mordiente.

Nos encontramos primero con el método. La exégesis cristiana ya aparece adulta tanto como modo de proceder como en sus instrumentos y riqueza conceptual de símbolos y concepciones del texto bíblico. ¿Desde cuando? Ciertamente ya con Orígenes. ¿Conocía Gregorio de Elvira las obras del maestro alejandrino? ¿Estamos ante un nuevo punto de partida para escudriñar la presencia del Oriente en la vida espiritual de Occidente? Estas preguntas y muchas más que podemos hacernos son de la mayor importancia.

Pero lo más llamativo son las concreciones de la práctica exegética. Ahí es donde se constata el interés de nuestro análisis. Se ha estudiado la crisis del mundo antiguo desde muchos puntos de vista, pero no desde este. Se han definido aspectos en los que tal crisis se percibe. Se han apuntado razones de por qué la sociedad romana clásica va sufriendo la metamorfosis que la

convierte en un mundo más contemplativo, más emotivo, menos razonable y más místico. Pero no se han estudiado los caminos por los que el hombre del siglo IV en adelante se va convenciendo a sí mismo de que hace bien al actuar como actúa. El proceso educativo interno por el que la sociedad en la segunda mitad del siglo IV se autojustifica, sólo se ve a través de la exégesis que hace de los documentos antiguos, tanto en el campo pagano como en el cristiano.

Lo curioso del caso es que el modo de pensar cristiano no parecía en principio muy apto ni para igualarse con el pagano ni menos aún para convertirse en una doctrina política capaz de servir de base a realidades estatales concretas. Su orientación hacia la escatología, su modo de argumentar enseñando a usar las cosas como si no se usaran, a vivir como transeúntes por el mundo sin echar raíces, y sobre todo la radical igualdad de todo ante Dios y ante los hombres era difícilmente compaginable con una realización política concreta y menos aún con una herencia clásica como era la romana con una organización muy anclada en las gentilidades y bien convencida de la diferencia radical entre los hombres. Pero ocurrió el portento: los cristianos llegan a pensar de modo similar a los paganos. Y el camino por el que ocurre esta transformación es la exégesis.

La aceptación de la Iglesia por parte del mundo romano crea un tiempo nuevo en la conciencia cristiana. Se descubre el papel providencial del Imperio Romano en el advenimiento del tiempo de plenitud que se comienza a vivir y la realidad se ve con otros ojos. Es a partir de tales coordenadas como se replantea la exégesis.

La canonización de la Biblia con el relieve que a través del fenómeno adquiere el Antiguo Testamento, permite replantear muchos temas políticos que eran inconcebibles para la mentalidad de escatología inminente propia de los primeros siglos cristianos. El Antiguo Testamento nos presenta una historia concreta política, con reyes y magnates como los que se daban en el mundo romano del siglo IV.

La sacralización del texto bíblico, de todo el texto de la Biblia, con la sapiencialización consecuente de cada una de sus frases, crea un arsenal de sentencias para todos los gustos y mediante el uso descontextualizado de las mismas, hay argumentos para defender cualquier postura moral o política.

El pensamiento, además, se hace simbólico. No se razona con lógica deductiva crítica. Se deja de lado la dimensión histórica y progresiva de la revelación. El pensamiento se instala en categorías cósmicas que hacen de los fenómenos y acontecimientos instrumentos manifestativos del obrar divino. Se parte de la evidencia contemporánea interpretada como voluntad de Dios —modo de proceder que ya hemos indicado es común y normal a la manera de «leer» los documentos en todos los tiempos—. Los personajes y acontecimientos del pasado se interpretan como símbolos unívocos con el modo de pensar y con la misma realidad contemporánea que se está viviendo. Y partir de ahí ya todo es posible.

El cristianismo que había predicado por boca de su Fundador la total confianza en Dios («mirad las aves del cielo como no siembran ni siegan...» «no os preocupéis de lo que hayáis de decir...») recuerda aquello de «a Dios rogando y con el mazo dando», se llena de modo de pensar romano, acepta la práctica jurídica como modo de organizar la convivencia. Nada de «a quien te pida la túnica, dale también el manto»; nada de «no acudir a los tribunales externos» que aconsejaba San Pablo; si Dios ha hecho que los obispos se conviertan en jueces civiles es que la Iglesia deberá acomodar su proceder a las realidades del mundo. Así San Agustín y San Juan Crisóstomo independientemente formulan la doctrina de la Iglesia como «sociedad perfecta» con capacidad de legislar y de organizar una convivencia política en la tierra.

Y dentro de este proceso, tomando parte activa en el mismo, Gregorio de Elvira, un autor cuya obra se había llegado a perder, difuminada en recuerdos nebulosos, y que sólo muy lentamente ha vuelto a la superficie de nuestra conciencia histórica, en el presente trabajo brilla con luz propia y se manifiesta poderosa en el empeño de crear el mundo nuevo que sale de la metamorfosis del antiguo.

El libro que presentamos es importante por muchas razones. Además de las ya indicadas, lo es también por el modo como ha sido realizado. Nada de intuiciones ni búsquedas o «prejuicios» externos al mismo. Nada de buscar en este autor lo que ya sabíamos por otros documentos o ámbitos de información. Ha sido la lectura meticulosa, ayudada por la realización de unas «concordancias» o estudio exhaustivo del léxico lo que ha permitido del Dr. Molina profundizar no sólo en el pensamiento del autor sino también en los caminos de la investigación.

Muy en particular ha sido la aplicación global de las viejas enseñanzas de la retórica literaria, trasunto de las formas ordinarias de ordenar y hacer trabajar al pensamiento popular lo que ha conferido a este libro una riqueza insondable que el lector podrá apreciar. Aquí la retórica se ha hecho hermenéutica al pasar de los instrumentos al planteamiento integral, holístico como hoy se prefiere decir, que lleva al autor a tratar de descubrir el mensaje total del autor comentado. Ha sido el empleo a fondo de los caminos de la hermenéutica en el sentido más global y más actual del procedimiento lo que ha permitido a nuestro novel autor volver a poner sobre el tapete la enorme importancia de la exégesis como procedimiento creador de ideología. Así se vuelve a potenciar de nuevo un viejo camino de la investigación que sólo en determinados ámbitos ha sido empleado, eso sí magistralmente, a lo largo del último siglo. Seguramente que la dificultad que entraña su carácter esencialmente interdisciplinar permite ahora ser superada por la nueva instrumentación con que nos ha dotado el avance de la técnica y sobre todo por la libertad que ha conferido a nuestro momento actual el deshielo de las ideologías y el poderoso avance de la crítica filosófica potenciada por ese mismo deshielo. Auguramos, por ello, un nuevo florecimiento del método histórico-crítico en la lectura de nuestras fuentes históricas, fenómeno del que el presente libro es una buena muestra.

ANTONINO GONZÁLEZ BLANCO